

en aquella alma, á la vez de oro y bronce, todos los dolores, pasiones, recuerdos, angustias y prejuicios de nuestra sociedad cristiana y de la sociedad musulmana. En fin, si es preciso que hablemos de las mujeres que dan vida á estas composiciones, Gulnara, Medora, Kaled, Zuleika y Leila, observaremos asimismo que todas ellas son hijas legítimas del Asia, pero nos guardaremos al propio tiempo de ir á buscarlas al Oriente, si es que no queremos perseguir sombras, pues si llevan en sus tipos el sello de esta comarca, también fueron marcadas con el de Europa. Así es que bajo sus frentes impassibles y la calma de aquellas criaturas de mármol, palpitan las cóleras, las ansias y las tempestades morales de nuestra sociedad de Occidente, siendo vano buscar la resignación ó la apatía en aquellos corazones atormentados. En su alma, pues, son hermanas nuestras, y la más apacible de todas, la más oriental en apariencia, Medora, aparece sobre la cima de su roca demasiado soñadora, demasiado reflexiva y fácilmente atormentada para ser una verdadera Argeliana. Y es que la melancolía de los lagos de Escocia asoma velada á través de sus pupilas, que reflejan el azul del mar del Atlas y el cristianismo palpita en aquellos corazones musulmanes.

III

El renacimiento oriental*(Conclusión)*

La influencia del genio oriental sobre el genio alemán no data de ayer, y sería imposible asignar la época precisa en que pudo haber comenzado, pues se halla embebida en la constitución misma de la lengua, que parece adquirida inmediatamente en las propias fuentes de la palabra oriental, en el antiguo idioma de los medos, cuyo sello y aspiraciones más que ninguna otra ha conservado (1). Seguir paso á paso desde la Persia hasta la Escandinavia el rastro de esta lengua, que de oriental se cambia poco á poco en occidental, mudando de color á la vez que de cielo, sería seguir paso tras paso también la emigración de los pueblos germánicos. En este cambio sucesivo de morada, si las formas antiguas han desaparecido, el fondo de los instintos y el genio mismo de la raza han perma-

(1) Grimm, *Deutsch Gramm*, I, pág. 177.—E. Bornout, *Yaçna*.

necido á orillas del Rhin tales como eran en las del mar Negro, y aun en nuestros mismos días, en medio del tumulto del mundo, la Alemania mismo ha asombrado al Occidente por su genio contemplativo, que la hace aparecer á nuestros ojos como una especie de Oriente cristiano, como un Asia en la Europa.

En sus antiguos poemas, cuando la raza germánica es aún pagana, aparece desde luego casi completamente oriental en su pensamiento, y sus dioses nebulosos, cobijados bajo los fresnos del Norte, pertenecen sin duda á la misma familia que aquellos que nacieron de la primer mirada de la aurora á las montañas sagradas de la Bactriana. Y ¿no aparece en efecto como pariente cercano de las divinidades indias aquel Odino, cuyo cráneo es la bóveda de los cielos, cuyo ojo es el sol, cuyos cabellos esparcidos (1) son las frondas cabelludas de las selvas y cuya osamenta son las rocas del globo? Es más; el panteísmo, que no ha vencido el cristianismo sino á medias, despiértase frecuentemente con el genio germánico, y después de haber reaparecido tímidamente en la Edad Media bajo la cándida ingenuidad de los poetas de la caballería, ha constituido principalmente en nuestros tiempos el principio vital del espíritu alemán, así en la poesía como en la filosofía (2).

(1) *Rig-Veda, comam terrae*, pág. 134.

(2) Véase el *Tristán* de Gotfried de Strasburgo.

Bastan estas observaciones para explicar el carácter particular que el renacimiento oriental ha recibido en Alemania. No ha tenido ella un Camoens en el golfo de Malabar; sus naves no la han llevado á lejanos climas; la mayor parte de sus poetas y escritores nunca han salido de sus hogares, y con todo esto y á pesar de esta inerte apariencia, no hay pueblo que con tanta verdad é intimidad haya reproducido la impresión de Levante. Singular fenómeno, cuya causa principal hállase en lo que antes hemos dicho, es á saber: en que Alemania, por un lado, sin salir de sus fronteras, encuentra en su propio pasado el eco del genio asiático, y siente y piensa é imagina naturalmente á la manera de los orientales, y por otro lado, carece de carácter nacional suficientemente determinado para imprimir su forma en los objetos extraños. Genio nómada que transporta fácilmente su tipo de siglo en siglo y de región en región, parece despojarse de sí propio para adaptarse mejor á otros tiempos y climas, y su mayor originalidad consiste en desaparecer cuando le place ante el objeto que imita.

Debe añadirse á esto que, habiéndose formado en parte sobre la traducción de las Escrituras la lengua de la Alemania moderna, ha podido por esto mismo ejercer sobre su espíritu el Oriente bíblico una acción constante. El Nuevo Testamento, durante la Edad Media, hizo olvidar en cierto modo el Antiguo, de modo que los profetas fueron eclipsados.

sados por los Padres de la Iglesia, y Cristo, Dios del Occidente, se iba insensiblemente separando de Jehová, Dios del Oriente. Uno de los resultados de la Reforma consistió en restablecer el lazo entre ambos, reuniendo en la misma lengua vulgar el Antiguo y Nuevo Testamento, la letra de Moisés y la de San Pablo, y mostrando así á todos que el Asia y la Europa no tienen sino una sola palabra y una sola vida, encerrada en un mismo libro. La alianza renovada entre Jehová y Cristo trajo consigo de este modo la del Oriente y Occidente.

Pero el fundamento de la Reforma apoyábase, además, en parte sobre el examen de las Escrituras, y en este concepto solicitando los textos del Antiguo Testamento todas las miradas, iba á seguirse como consecuencia natural el que la Alemania abordase al Asia por la Judea, del mismo modo que Portugal habíala abordado por la península de las Indias, pues que después de haber interpretado á Moisés y David con la misma libertad que á Homero y Sófocles, parecía llegado el momento de aprovechar también los monumentos y libros sagrados de Benarés y Persépolis para comentar los de Jerusalén, concentrando así poco á poco todos los rayos del sol del Asia para iluminar los misterios de la Biblia. Este nuevo espíritu en la crítica de las Escrituras se mostró principalmente en el libro de Herder sobre el *Genio de la poesía hebraica*, libro en el que aparece, como jamás pudo hacerlo ningún teólogo, maravillosa-

mente revelado el espíritu y la religión del Oriente, hasta el extremo de que su autor parece nacido en aquella tierra luminosa y su inteligencia bañada en los rayos del Siná. Como José en la corte de Faraón, explica al Occidente con la sabiduría patriarcal los sueños del viejo Oriente por tan maravillosa manera, que si la ciencia y la filosofía pueden haber revelado algunos errores de detalle, nadie por otra parte negaría que la poesía hebraica está en aquel libro interpretada, expresada y exaltada con un espíritu verdaderamente oriental. Herder se convierte en el compañero de Job, de Isaias y de Moisés, y nadie como él merece el nombre de profeta del pasado. No comenta la Biblia desde el fondo de una biblioteca, sino con esa imaginación que los Gesenio y los Ewald, maestros de la ciencia, han mostrado casi siempre, y transportándose sobre el Oreb al desierto ó bajo las palmeras de Jerusalén, abre allí su Biblia, evoca todos los objetos que le rodean, los olivos, los leones, los vientos arrastrados por las nubes, testigos de la poesía de los profetas; hojea por decirlo así y al mismo tiempo la Naturaleza y la Biblia, como un erudito que compara dos copias de un mismo original, y de este modo, en fin, hace que el universo entero venga á ser el comentario de las Escrituras. Todo cambió desde la aparición de esta obra excepcional, así la ciencia de las lenguas como la de la historia, todo menos esa primera mirada profética, que cada vez más confirmada, se ha extendido

también á los demás libros sagrados del Oriente, y en cuya especie de adivinación científica es Herder al genio asiático lo que el autor del *Telémaco* fué en el siglo XVII á la crítica y al sentimiento de la antigüedad griega.

Esto mismo que Herder intentaba en la crítica, realizábalo Goethe en poemas cuyo asunto era arrancado al fondo del Asia. Tomaba por tema unas veces alguna leyenda india, oda del Dios y de la bayadera, perla del golfo de Golconda cincelada por un lapidario de Wéimar, é inspirándose otras en el islamismo, componía, bajo el título de *Diván*, una colección de poesías asiáticas que parecían arrancadas á las propias bóvedas de la mezquita de la Meca, siendo hasta tal punto asiáticos el pensamiento, el alma ó el color mismo de sus palabras, que el cristianismo casi ninguna parte allí tenía, y el poeta sólo aparece occidental en los detalles de la forma y el ritmo, pero nunca en el sentimiento ni en las creencias. Aquel contraste tan patético de los escritores ingleses entre el reposo de las formas orientales y el tumulto de los pensamientos del Occidente, ha desaparecido, sin que se encuentre de ello el menor rastro en el espíritu alemán, y no parece sino que la sociedad á que el poeta pertenece tiene la misma tranquilidad é inmovilidad que la sociedad asiática. Hasta llega á cansarnos y disgustarnos tan monótono equilibrio, y desearíamos descubrir, siquiera en un movimiento, una queja ó una sonrisa, á uno de nuestros hermanos

bajo el turbante musulmán. En fin, estas poesías son completamente líricas, ninguna de ellas nos muestra personaje alguno vivo á la manera de Lara ó de Giaour: voz embalsamada, privada de cuerpo y de figura, sin mostrar la invisible mano que tañe tal arpa eolia en el jardín del Asia.

Sólo un tipo encontramos en la literatura alemana que ofrezca una muestra de aquellas admirables personificaciones en que se respira bajo la lengua del Norte el genio del Mediodía, y ese tipo, resumen de todos los otros, pertenece también á Goethe. Nos referimos á aquella joven bohemia que, robada en un país desconocido, es llevada á Alemania por una banda de bateleros, y cuyo idioma, mezcla de italiano é ilirio (que es precisamente la lengua franca, hablada en todo el litoral del Mediterráneo), y cuyos cabellos y ojos negros, saludo oriental, brazos cruzados sobre el pecho y costumbre de dormir sobre la tierra desnuda, anuncian bien que su país es la tierra de Levante, acabándose esto de mostrar en la nostalgia por su perdida patria, que apenas recuerda: vaga melancolía y sentimiento indefinido, pero punzante, del país de los limoneros y de las áureas naranjas. Todavía llega un día en que bajo el cielo alemán exclama: «Tengo aquí frío», y sus lágrimas corren á torrentes, y muere sin despegar los labios, y entonces es cuando muestra elocuentemente que ella es un alma de Levante transportada y perdida en extraños países, ó más bien, la poesía del Asia

misma, que en el momento de florecer desarraigada de su suelo y á su sol sustraída, viene á morir sobre el corazón del poeta.

Pero si el influjo asiático es visible en las obras de Goethe, se convierte hasta en una especie de servil imitación en algunos otros. Así, Goerres formó evidentemente su *Cuadro de las religiones* (1) sobre el modelo de los filósofos del Ganges, más aún que conforme á las escuelas griegas y romanas, hasta el punto de ser su obra una especie de *Purana* occidental, y tal otro escritor, como Ruckert, no se contenta ya con imitar el pensamiento del Oriente, sino que trata de resucitar hasta el ritmo asiático, del mismo modo que en el siglo XVI se imitaban en nuestra lengua los metros de Horacio y de Píndaro. Imposible nos sería á nosotros reproducir y comprender la impresión de aquellos diálogos entre las perlas y las piedras preciosas en las orillas del Océano, ó entre el Sol y la rosa, ó entre los murmullos de las flores cortadas en Ispahan, y sin embargo, esta poesía persa se hizo popular en las riberas del Rhin y conmovió el corazón de la Alemania toda como el recuerdo de una segunda madre.

Nacido así espontáneamente el arte entre el Oriente y la Alemania, sólo necesitaba unirlos para asociarlos. Aquellos dos genios se llamaban desde las dos extremidades del tiempo; el Himalaya en-

(1) *Mythengeschichte der asiatischen Welt*, 1810.

contraba su eco en los Alpes, y si la civilización galorromana parecía encontrarse á sí misma en los monumentos de la antigüedad clásica durante el siglo XVI, del propio modo el genio germánico se completaba entonces y confirmaba en el genio de la Persia y de las Indias. Esta natural alianza presenta por otra parte uno de los más grandes enigmas de nuestro tiempo, pues que pudiera preguntarse por qué la Alemania de nuestros días ha sido la única en que no ha arraigado lo que se llama la poesía de la desesperación; por qué no ha repetido la queja que el Occidente entero ha expresado por boca de Byron; por qué, en fin, han aparecido en ella figuras tan serenas como las de Herder y Goethe en medio de la tormenta del siglo, como si sólo ella reposase sobre un lecho de rosas y el resto de Europa sobre carbones encendidos, haciendo de este modo creer que ninguna queja tenían que exhalar sus labios, y que por ningún estilo se veía, como los otros pueblos, disgustada, amenazada ó dolorida. No es esto así, sin embargo, sino que la verdadera diferencia en este concepto consiste en que el escepticismo alemán reviste un carácter enteramente distinto que en el resto del Occidente. La Alemania, en efecto, no se halla estancada en el pirronismo de la sociedad griega y romana tal como fué resumido por Luciano, Lucrecio y Voltaire; mas antes bien, ella ha dudado de todo, excepto del pensamiento; pero su duda, menos punzante, no llegó hasta negar la vida en sí

y el ser mismo. El panteísmo en este punto la ha preservado del ateísmo, de modo que cuando rompió con la tradición, más bien que destruirla, la transformó, pues que haciendo entrar en sus teorías metafísicas el cristianismo casi entero, ni un sólo día quedó éste abolido en los espíritus, pasando de este modo de la religión á la filosofía sin sacudimiento ni violencia, sin traspasar los límites de la ciencia y de la fe hasta esas regiones del vacío absoluto, habitáculo de los muertos, que quema las plantas de los pies y seca hasta el corazón de los vivos. Ni un sólo momento se encontró en presencia de la nada, y por eso este recuerdo no puede emponzoñar su presente. Así es que cuando ella ha caído, es sólo porque quiso tocar lo inconmensurable y aspirar á lo inaccesible; pero este dolor del orgullo vencido en la lucha con lo infinito, es como el de Jacob rendido á los pies del arcángel, más bien que el del alma que se abate ante el gusano de la tierra ó el átomo de los epicúreos. No hay, pues, que maravillarse de que la Alemania, que ha permanecido oriental en su escepticismo, no haya sentido tanto como los otros pueblos el dolor propio del Occidente. Y además, si ella no había conocido la sonrisa del espíritu de la ruina, tampoco debía conocer la desesperación que acompaña á esta alegría, pues asida siempre al dios de los brahmanes, de los alejandrinos y de Spinoza, no es maravilla que no haya lanzado aquel grito de un pueblo entero, que expulsado al desierto,

fuera del recinto de todas las tradiciones, ha perdido en la arena la huella y el rastro del género humano.

El escepticismo alemán se halla personificado en Fausto, que nada común tiene con la filosofía de Luciano, de Montaigne ó de Voltaire. ¡Extraño escéptico en verdad, devorado por la sed de una infinita sabiduría! El brebaje del espiritualismo hale embriagado, y aspira con ardor desesperado al principio de la vida y la verdad, ansiale y le persigue y cree poseerlo en cada objeto y le demanda á la Naturaleza, á la ciencia, á las pasiones humanas, al mundo, á la soledad, y así, de cielo en cielo, su espíritu desenfrenado persigue la luz de las luces, hasta que desde esta cumbre soberana cae precipitado y sucumbe bajo una doctrina que más se parece á las de la antigüedad oriental que á las del siglo XVIII. Fausto no se encuentra destronado por sus propias manos en una obscura rivalidad con el grano de arena, sino que, por el contrario, ha luchado contra el Eterno, pretendiendo arrancarle su aureola y hacerse semejante á él. ¿Es esta la enfermedad de los enciclopedistas? No, ciertamente; mas antes bien, recuerda el orgullo del primer hombre en presencia del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Pero si pretendemos medir los diversos grados de esta escala de la vida, podemos avanzar un paso más hasta descender de círculo en círculo en la tormentosa noche de Fausto. ¿Creéis por ventura

que más allá de este abismo no puede existir otro abismo más profundo? Descendamos aún. Bajo aquel infierno está el infierno de Mefistófeles: allí verdaderamente se hallan los límites de la nada. A nadie es posible ahondar más en la morada del vacío, porque no hay más allá, cuando la lógica y la dialéctica occidental lo han destruido todo, hasta el lugar de la esperanza. Detengámonos, pues, y saludemos al Dios de los eternas tinieblas. El escepticismo del Oriente y el del Occidente se han compendiado en la doble blasfemia de Fausto y de Mefistófeles, pero en el uno se hallan aún mezclados con la impiedad el entusiasmo, el ardor del alma, el himno nacido de la aurora y no sé qué extraña claridad del deseo que por intervalos resplandece en el caos, al paso que en el otro todo es sutileza bizantina, ironía, noche sin calor y sin tormenta, tedio incurable, emponzoñamiento, sofisma y enojo de una sociedad vieja. Dos genios, dos filosofías, dos mundos entrechocan en este diálogo maldito. La Europa ha hecho temblar al Asia. El aire se ha estremecido una vez más gimiendo y resonando con el choque de Ormuzd y de Ahrimanes.

Y en efecto, en el principio mismo de la filosofía, en el acto general del pensamiento, es sobre todo donde parece revivir hoy el espíritu y la tradición del Oriente. Compárense bajo este punto de vista los sistemas actuales de la metafísica alemana con los de la India, y se encontrarán entre ellos

tales semejanzas, que sólo por un esfuerzo notable pudieran descubrirse sus diferencias, parecidos y analogías que pueden todos resumirse en la idea del panteísmo, resumen ella propia de todo el genio del Asia. Sería locura pretender explicar la renovación de aquel sistema sólo por un concurso fortuito de circunstancias ó por el genio particular de tal ó cual institución civil. Lo que sucede es que á la vez que el Asia penetra en la poesía y en la política del Occidente, insinúase también en sus doctrinas y la metafísica sella por su parte la alianza de dos mundos. He aquí la grande empresa que cumple hoy la filosofía. El panteísmo de Oriente, transformado por la Alemania, corresponde de este modo al renacimiento oriental, así como el idealismo de Platón, corregido por Descartes, coronó en el siglo XVII el renacimiento greco latino.

IV

Cómo han sido consideradas las religiones de la antigüedad

El progreso, vida de la historia, parece del todo ajeno á la de las religiones, pues la mayor parte de los cultos, en vez de confirmarse y continuarse mutuamente, diríase que fueron hechos para destruirse. Ocurre de este modo frecuentemente que los dioses de una época vienen á ser los demonios de la siguiente. Las divinidades supremas de la India se convierten en los genios impuros de la Persia (1); al Astarté de la Fenicia sucede sin cambiar de nombre el Astaroth de los hebreos; los dioses olímpicos de Homero atormentan la imaginación de la Grecia arrepentida bajo mil horribles formas; todo el Egipto aulla en la voz de sus Anubis en torno de San Pablo en el desierto; el Occidente, en fin, puebla su infierno con los dioses del Oriente.

Cierto que la impiedad, como la incredulidad,

(1) E. Bornouf, *Comentaire sur le Yaçna*, págs. 8, 42, 79 y 80.

han desconocido por igual la tradición profana. Los primeros cristianos, por ejemplo, encontrándose con un paganismo envejecido y degradado, juzgaron por esta ruina de todo su pasado, hasta el punto de que si una idea ó un dogma se les ofrecía aún en medio de tantos emblemas contradictorios, no era esto para ellos otra cosa que una invención tardía para colorar con una sombra de filosofía una sombra vacía é infernal (1). No puede negarse, sin embargo, que el cristianismo lanzó con razón su anatema contra aquellos falsos despojos, verdaderos espectros de la antigüedad. Quería aquel fantasma contradecir la vida, y al efecto animaba el cadáver del paganismo con la juventud ya pasada y las creencias de Orfeo, restaurando y baluceando los himnos del mundo naciente en medio de una sociedad muerta: sepulcro blanqueado que llenaba de horror á los hombres que traían al mundo la ardiente fe bebida en las fuentes del Gólgota.

Aunque por razones opuestas los enciclopedistas del siglo XVIII confirmaron esta condenación, persiguiendo los unos, para hacer más fácil el triunfo de la filosofía, un fantasma de cristianismo hasta en el corazón mismo del mundo pagano, como la escuela de Voltaire, y corriendo otros, sacerdotes de un culto abstracto, tras la eterna quimera de la religión natural, sin aperebirse de que su ideal

(1) Eusebio, *Præp evang.*, lib., II, pág. 3; III, 124.—San Clemente de Alejandria, *Strom*, lib. I. pág. 278.

no era otra cosa que el mismo espíritu del Evangelio, y viniendo así á parar, aunque conducidos por distinto principio, á igual menosprecio de todas las religiones positivas, como la escuela de Rousseau. Ni ¿son por ventura cosa distinta de los dogmas cristianos, aunque bajo una forma metafísica, la unidad, espiritualidad y personalidad del Dios del vicario saboyano, así como la libertad moral, tantas veces por él invocada, no es en realidad sino el principio mismo del Evangelio reemplazando á la fatalidad pagana?

De todos es conocido el libro que en los últimos instantes del siglo XVIII resumió más exactamente aquel doble escepticismo: las *Ruinas*, de Volney. Hasta para aumentar la desnudez de sus doctrinas, parece haber dado el autor por todo horizonte á su pensamiento el desierto de Siria, mar de arenas donde el espíritu busca en vano un oasis, y sin que su tono, frecuentemente exagerado, le libre de hacer sentir el soplo verdadero de la Revolución francesa, que parece arrastrar y volcar todas las tradiciones en medio de los alcázares arruinados de una ciudad de Oriente. Acababa Volney de asistir á la primera reunión de los Estados generales, y esto explica sin duda por qué su libro es el cuadro de una asamblea constituyente del género humano, donde á través de los escombros de los templos de Palmira, agitados por el espíritu nivelador, llegan las naciones todas unas en pos de otras á la gran tribuna, desde la que van á hablar

al mundo presididas por el genio de las ruinas. Todos los cultos están allí presentes. Los legisladores, los profetas, los reyes, el pueblo, la *clase distinguida*, los *hombres sencillos*, los sacerdotes y hasta muchas veces el autor mismo, aparecen sucesivamente en aquella asamblea de diálogos tumultuosos entre todas las clases y naciones acumuladas en aquel Josafat de la filosofía, dando por resultado tan solemne discusión realizada en presencia de las eternas soledades, al pie de las columnas volcadas y á la luz de la luna velada por las nubes, la conclusión de que todos ellos han sido víctimas ó instrumentos de un fraude, que los cultos sólo son mentiras, que los siglos reunidos y los cielos amontonados sólo han engendrado tiranía, embrutecimiento é ignorancia, que la humanidad desde su nacimiento viene siendo el juguete de algunos hombres y que, en fin, en ese inmenso concurso que ha producido sobre la tierra, los pueblos, los imperios y las criaturas inteligentes, todos han sido engañadores ó engañados, excepto dos personajes: el fantasma y el autor. ¿Qué hacer entonces, qué pensar ni qué resolver después de aquella terrible declaración que no dejaba en pie otra cosa que el espíritu de las ruinas? La desesperación hubiera en verdad sobrevenido sin remedio, á no haber tenido tal sentimiento la rectificación del fervor producido por los primeros momentos de la Revolución francesa. Mas de todos modos, aquel fanatismo filosófico, aquella persuasión que

poseían nuestros padres de que sólo ellos conocían la verdadera doctrina, respira por todas partes en cada línea del libro de Volney. Así no hay entusiasmo al que no declare la guerra, cuando él mismo se halla sobre el trípode; arranca la mitra á todos los sacerdotes, mostrándose más intolerante y dogmático que ninguno, y en fin, erigese por su propia autoridad, en aquella asamblea del género humano, en gran sacerdote de la Revolución francesa.

Sucedió á los enciclopedistas franceses la escuela alemana, que revelando y dando á conocer las doctrinas de Alejandria, rehabilitó el paganismo con brillo suficiente para llamar algún tanto la atención, así de los escépticos como de los creyentes en nuestros días. El panteísmo de Schelling inició esta restauración, y la nueva Alejandria tuvo al otro lado del Rhin sus Jámblicos y sus Tullianos. Constituía el carácter de esta nueva escuela, que puso en la tarea de rehacer los dioses todo el genio que las demás en destruirlos, la mezcla indiferente, sin distinción apenas de épocas, de doctrinas separadas realmente por largos intervalos de tiempo en la evolución de los cultos, quedando así la cronología suprimida, los siglos confundidos y nivelados por tan atrevidas síntesis, y el espectáculo de la duración completamente eliminado: historia sin progreso ni decadencia por faltarle la sucesión. Es imposible de este modo ver cómo nacen, se desarrollan y envejecen las creen-

cias; cómo por una transformación continua sale de la religión la poesía, de la poesía la ciencia, de la ciencia la duda, suprimiendo de este modo los cambios, las modificaciones y las revoluciones en el trabajo de ese mundo interior, y quedándonos así con una fe inmóvil bajo un cielo más inmóvil todavía. De este modo la individualidad de los pueblos, como la de los dioses y la figura de los tiempos, se va borrando por grados bajo una impresión de igualdad é identidad absolutas, que confunde insensiblemente todas las diferencias en un mismo culto, un dogma idéntico, un libro igual y un solo Dios. Representa el espíritu de esta escuela la obra de Goerres con el mismo título que la de Volney la escuela de los enciclopedistas, y no parece sino que fué su propósito recoger en un momento abstracto todos los momentos, ó borrar más bien de la historia la noción del tiempo, hasta tal punto que si el hombre pudiese juzgar á la humanidad desde el punto de vista que el Eterno, no es dudoso que sólo éste sería un método adecuado. En esta historia artificial, en que las sociedades nacientes reciben el reflejo de las sociedades caducas, en que todos los momentos de la duración se aproximan hasta confundirse, en que la infancia se explica por la vejez y el Edén por Alejandria, cada época se halla artificiosamente compuesta, mezclada y formada por y con todas las otras, y de ahí aquellos pueblos primitivos á los que Alemania atribuía, apenas surgidos del caos, toda la ciencia

acumulada en las escuelas de filosofía, á la manera de aquellos niños gigantes de Miguel Ángel, que llevan en su frente con la sabiduría de los ancianos el sello de los años eternos, y que nacidos ayer, enseñan ya á los doctores y muestran con el dedo á los patriarcas y á los calvos y encorvados profetas la palabra del porvenir en la margen del libro cuyas páginas vuelven. No son éstas sólo en verdad ficciones del espíritu, pues que no es la ficción únicamente fuente de la belleza; pero ¿quién se atrevería á afirmar que hayan alguna vez existido?

Tales han sido en general las doctrinas propagadas acerca de las religiones de la antigüedad cuando con espíritu serio se las ha considerado. Debemos también tener en cuenta que, bajo el nombre de mitología, han sido convertidas en recreo de niños ó usadas por los escritores como adornos de estilo, haciendo de los dioses puras metáforas. De forma que, pretendiendo remontarse á la antigüedad, se comenzaba por hacer imposible al espíritu su comprensión, á la manera de un historiador que al explicar los diez y ocho últimos siglos del mundo civil y político, suprimiese con el pensamiento el cristianismo entero, ó sólo le considerase como un ornamento literario. Realizan, pues, un absurdo los que, desconociendo el genio del paganismo, sólo ven en la antigüedad una humanidad artificiosa y retórica, pues aunque juntamos todos los hechos que han marcado el destino de un pueblo sin olvidar ningún nombre ni un sólo

fuste de columna, nada habremos hecho si no damos asimismo razón de sus creencias: su cuerpo estará quizás mostrado, mas su alma estará ausente.

Por otra parte, el medio que más á propósito se creía para cortar todo género de cuestiones acerca del paganismo, era apartar de él los ojos con horror, bastando únicamente, si se quería mostrar sus vicios, oponerle el Evangelio, á ejemplo de los primeros panegiristas, los San Clemente y los Eusebios, que incoaban una especie de proceso entre el cristianismo y el paganismo, con la obligación de condenar al uno ó al otro, en cuya alternativa sólo quedaba el anatema. Pero hoy, terminado el proceso, podemos sin peligro hacer justicia á las religiones caídas, dar á conocer su espíritu, considerarlas, en fin, como el Antiguo Testamento del mundo profano, verdaderas preparaciones (1) para entrar en la nueva ley; que no toda profecía se halla encerrada en Jerusalén. El mismo espíritu, por el contrario, que resplandece en las visiones del mosaísmo, agítase, se esfuerza y balucea bajo las de los gentiles, y los leones coronados de Persépolis y las esfinges de Egipto profetizan como los dragones de Isaías, siendo el mundo antiguo símbolo del nuevo, no sólo en los hebreos, sino también en los pueblos profanos. Ávido

(1) Á esta misma conclusión llega San Clemente, para quien la filosofía fué un medio de preparación entre los paganos, como la ley para los hebreos: *hos hómonos tois hebraisis* (Strom, II, pág. 282.)

de Dios, el hombre del politeísmo cree, después de haberle dividido, hallarle entero en las venas de los metales, en la ondulación de las olas, en el resplandor de la llama, en el sagrado horror de los bosques, convirtiéndolo todo en altar, en ofrenda y en santuario suyo. Cada cima es para él un Sinai; la Naturaleza constituye su Biblia. Mas poco á poco va investigando con curiosidad el universo, y no encontrando en él sino miembros esparcidos, aumenta entonces su delirio. Una especie de furor le une á su presa invisible, y rompe y derriba el templo para oír á Dios, y luego cava y sondea su inteligencia y amontona en derredor sus propias ruinas, poniendo la última esperanza en buscar bajo esas cenizas aquella unidad perdida, aquel gran todo invisible cuya unión ha roto. Tal es el progreso que se oculta bajo el vértigo aparente de las religiones antiguas.

No hay medio, en efecto, de admitir que hayan existido sociedades florecientes durante miles de años, fundadas sólo sobre el vacío, ni es posible concebir que aquellos imperios que han fatigado la tierra con su larga vida, sólidos hasta el extremo de no descubrirse apenas cambio alguno en ellos en la lenta sucesión de los siglos que han recorrido, Estados inmensos por su duración y extensión hayan encerrado no más que la nada en su seno. ¡Pues qué! el dogma social que les hizo vivir dándoles una eternidad terrestre, ¿no contendría si quiera una parte de la verdad suprema, de esa

verdad que es la única que comunica vida, grandeza y duración? ¡Pues qué! ¿sólo había de albergarse en el corazón de aquellas civilizaciones compuestas de hombres semejantes á nosotros el eterno gusano roedor ó la serpiente impura retirada en el fondo de los templos para devorar la substancia del Estado? ¡Pues qué! ¿no había de surgir en parte alguna el principio eterno del bien? Ni esto es así, ni ha podido ser. Un rayo de la eterna verdad ha brillado seguramente al través de las linternas de aquellos monstruosos templos, y ese rayo, por débil y quebradizo que haya sido, ha bastado para dar á aquellas ciudades esparcidas, á aquellas sociedades formadas de enemigas razas, la consistencia del granito durante cerca de veinte siglos. Aun cuando no tuviéramos otra garantía de esta verdad que la grandeza de aquellos imperios, bastaría esto para que afirmásemos resueltamente que el régimen de la mentira absoluta no pudo prevalecer tanto tiempo sobre la tierra. Sería preciso, en efecto, antes de llegar á esta conclusión, investigar si aquellas sociedades no tienen más bien por fundamento ciertos restos de las verdades primitivas y del dogma universal, y si estos restos brillantes no son asimismo el signo inalienable de la fraternidad y unidad original de las tradiciones y generaciones humanas. Creemos que cuanto más se acrece el número de aquellos dogmas primitivos, más también se engrandece la familia de los pueblos asentados en torno de un mismo hogar, y rechaza.

mos al mismo tiempo con todas nuestra fuerzas la idea de que las instituciones religiosas no son más que una impostura, aunque sólo sea porque los primeros institutores de los pueblos no han podido menos de tener fe en sí mismos para arrastrar al mundo. Ni ¿qué produce la mentira sola? ¿Quién duda ya de que no hay máscara tan pesada que no levante la posteridad curiosa? Por medio de un pequeño fraude puede por un momento usurparse un puesto, pero no se mueven los montes, ni se levantan los templos de Egipto ó las catedrales de la Edad Media, ni se instituye en fin el dogma que sostiene, no ya los edificios de piedra, sino todo el edificio social del género humano.

V

Las revoluciones religiosas en sus relaciones con las revoluciones sociales

Una primera ojeada sobre el paganismo en general sólo deja ver un inextricable caos de fábulas y creencias, en las que no parece posible hallar progreso ni decadencia, á pesar de la sucesión de los tiempos. Imágenes de una eternidad muerta, simulacros inmutables, hacen creer también en la inmutabilidad de las doctrinas, y esta es precisamente la razón por que casi siempre se ha intentado referir las religiones antiguas á un mismo orden de interpretaciones é ideas, sin apercibirse de que el sistema varía de edad en edad; de que la historia de los cielos tiene sus épocas como la historia del globo; de que el cambio de las dinastías divinas implica necesariamente una revolución en las ideas humanas; de que muchas veces los mismos dioses, sin cambiar de fisonomía, cambian no obstante de espíritu y de naturaleza; de que, en una palabra, nada se parece menos, á pesar de la permanencia de los nombres, al dogma de una sociedad caduca que el dogma de una sociedad nueva. Hallar y conocer las variaciones del paganismo sería descu-